



Polvo de aquellos lodos: fotografía de niños durante la Revolución

Rebeca Monroy Nasr*



Los niños: es un tema que nos atañe aún más cuando vemos el reflejo de esos pequeños en las placas de nitrocelulosa y de plata sobre gelatina que se produjeron durante el periodo de la revuelta armada de 1910. Retazos de realidad, como los llama Ariel Arnal, en los que vemos un espejo del tiempo, polvos de aquellos lodos que provienen de la mirada de un fotógrafo, para mostrar aquello que se convirtió en la “revolución de la vida cotidiana”, como lo llama Ágnes Heller a ese diario andar en la actividad alterada del estar en medio de enfrentamientos armados en donde “resulta posible una reestructuración radical de la vida cotidiana que no imponga una pérdida de la continuidad de su estructura básica”.¹

Autor no identificado
*Reloj Chino destrozado
por los combates de la
Decena Trágica, 1913.*
Fondo Casasola
Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 37332.



Ezequiel Carrasco,
Niño limpiabotas artillero,
en *Revista de Revistas*,
23 febrero de 1913,
Col. Hemeroteca Nacional
de México, UNAM.

Son estas huellas gráficas las que también muestran cómo se trasmutó el concepto de niñez en el Porfiriato a lo largo de los treinta años de régimen ejercido, y la manera en que se manifestó ese interés particular desde la perspectiva médica, psicológica, ética, pedagógica y de higiene escolar en torno a los infantes. Las revistas científicas, así como las tesis de los alumnos de la escuela de medicina, se preocupaban por dejar una huella fotográfica de lo que se consideraba era la salud infantil y con ello se creó: “la invención de un concepto moderno de niñez en México en el cambio del siglo XIX al XX”.² Esas imágenes nos aclararán la manera en que se construyó un concepto de salud y enfermedad en el mundo del niño y la niñez a finales del siglo. Ese interés de Porfirio Díaz hacia el sector infantil derivó en que él y su equipo de científicos consideraron oportuno atender de inmediato el alto índice de mortandad infantil que padecía el país a causa de la desnutrición y malas condiciones de vida de la población. Se empezaron a dirigir a los infantes, ya no como “adultos chiquitos”, sino como los niños que eran y procuraron mejorar algunas condiciones alimenticias e higienistas para que ese Estado moderno mostrara sus avances al combatir el paludismo, la fiebre amarilla, la influenza,³ entre otras enfermedades pandémicas que aquejaban sustancialmente a uno de los sectores más frágiles de la población. Sin embargo, la mirada que atendía a los niños mostraba una actitud clasista y un racismo inherentes al régimen. Los niños sanos para el régimen eran los rollizos, rubios, blancos, de cabellos ensortijados, chapas



rosadas, con hoyuelos en mejillas, rodillas y codos dada su piel gruesa y rosada. Eso era para ellos, la evidencia de un niño sano, en términos científicos. Los otros los militares, los que debían dar la vida por la Patria, seguramente eran aquellos de piel morena, de rasgos indígenas, como lo muestra esa imagen resguardada en el Archivo Casasola, en donde dos jóvenes cadetes del Colegio Militar simulan leer *El Imparcial*, un montaje realizado por el autor de la imagen que apoyaba su discurso publicitario con un retrato de cuerpo entero del mismo Presidente Díaz al fondo. Con ello se confirma la célebre frase de Arnold Hauser que subrayaba que la imagen siempre es propaganda clara o encubierta.

Autor no identificado
Niño soldado con tambor,
ca. 1914.
Fondo Casasola
Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 6308.

Desde otro ámbito, la prensa del porfiriato también instauró una forma de aprehender imágenes de la infancia desde una perspectiva naturalista, descriptiva, a veces plañidera en su intento de ser “objetiva”; otras, se acerca a lo patético al mostrar a esos niños con un desdén clasista, de suyo marginal asomado a las páginas de los diarios y revistas. En diversas páginas de Rafael Reyes Espíndola, *El Imparcial*, podemos observar a los niños indígenas, marginales, de pieles oscuras, cuerpos delgados, ropajes gastados, empobrecidos, mostrando sus oficios sin mayor beneficio en la venta de matracas, y con esa mirada que los deterioraba, aún más emanada del régimen que los gestaba con un certificado de desnutrición y hambruna. También están aquellos otros que fueron captados en su propio *habitus*



Autor no identificado
Gente recoge los periódicos arrojados por la empresa El Heraldo,
ca. 1913.

Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 642967.

escuchando al cilindrero, un tema común entre los mexicanos de a pie. Los hubo también tratados como delincuentes en potencia, ciudadanos de quinta, retratos antropométricos de por medio.

Estos medios impresos crearon con ello lo que Alberto del Castillo llama “la edificación de un inventario moderno de la niñez capitalina a principios del siglo XX”,⁴ y gracias a la fotografía, podemos observar lo que muchas veces las notas periodísticas, los ensayos literarios o la crónica dejaban de lado; lo que se negaba era la extrema pobreza de esos jóvenes mexicanos, posibles ciudadanos en ciernes sólo mediante una revuelta de estratos sociales y acomodos políticos.

Lo que sucedió con la irrupción del movimiento armado de 1910 en otros ámbitos político, sociales, económicos, a su vez se reflejó en los rostros y actitudes que se presentaron ante las lentes de los fotógrafos que asaltaron y plasmaron esa realidad con sus placas. Niños artilleros, niños limpiabotas, niños fuego, niños balas, niños fusil, niños tambor, todos ellos desfilaron entre la tropa, acompañaron a sus mayores, los perdieron, se encontraron con otros que les dieron trabajo y cobijo, pero su presencia también fue fundamental para la Revolución.⁵ No sólo el trabajo de las mujeres que acompañaron a sus hombres como adelitas, las solteras que se añadieron a la bola en búsqueda de mejorar sus condiciones de vida, que trabajaron como mujeres comida, mujeres abastecimiento, mujeres correo, también



estaban las mujeres soldadas, defensoras incansables, armas en mano;⁶ muchas de ellas con sus hijos a los costados o en la espalda gracias al rebozo de bolita. Esos niños que en cuanto podían caminar soltaban la mano de su madre para integrarse a la lucha a participar desde su modesta o gran trinchera. Así se les ve en la mayoría de las fotos de la revuelta, en dónde se asoman a los costados de la imagen, por debajo de los torsos, entre las faldas o por encima de las cabezas u hombros de los combatientes de manta, rebozo y huarache en su horas de descanso. Fueron diez años en los que muchos de ellos murieron, se alzaron, se enfermaron o crecieron bajo el fuego cruzado y la dinamita, entre los rieles. Por ahí en las fotos, también se miran sus ojos, solitos, aislados, que observan el diario andar de la revuelta armada, en las escenas de los heridos. Ahí, donde maduraron a fuerza de balazos.

Autor no identificado
Niño herido es trasladado por la Cruz Roja, ca. 1913.
Fondo Casasola
Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 37297.

Conciencia o inocencia: los niños en la Decena Trágica

Aún no se sabe con certeza cuál fue el número de niños que participaron en la Revolución Mexicana, cuántos murieron en los fuegos cruzados, cuántos dejaron sus infancias trastocadas, cuántos continuaron sus vidas y cuántos quedaron en el camino incierto. Se sabe que eran cerca de 3 742 362 jóvenes de más de cinco y menos de quince años de edad los que vivían en el país.⁷ Solamente en la Ciudad de México había un total de 145 855 niños y jóvenes, sin que a la fecha tengamos

POR LA SUPRESION DEL ZAPATISMO



Grupo de mujeres zapatistas y familiares de Morelos, en la familia de Emiliano Zapata, en la familia de Emiliano Zapata, en la familia de Emiliano Zapata. Edo. Santamaría

Santamaría
Grupo de mujeres
zapatistas aprehendidas
en Morelos, entre ellas
la suegra y parte de
la familia de Emiliano
Zapata, en *La Semana
Ilustrada*, 15 julio 1913.
Biblioteca Manuel
Orozco y Berra,
DEH-INAH.

la certeza del número de niños marginales y porfiristas que se la jugaron o no en la Revolución.⁸ Sin embargo, la constancia de su presencia, quedó clara con las imágenes captadas por los fotorreporteros de la época, como cuando documentaron la Decena Trágica en los días del 9 al 18 de febrero de 1913, en la Ciudad de México. En las imágenes es factible notar la presencia y participación de los niños en diversas labores bélicas, en actividades al lado del ejército federal, así también las mismas dan cuenta de sus decesos. Por ejemplo, ahí quedó el cuerpo inerte de aquel jovencito que caminaba por el Zócalo cuando las balas cruzaban el cuerpo de Bernardo Reyes, 9 de febrero de 1913, cuando el general escapó de la cárcel de Santiago Tlaltelolco para levantarse contra el presidente Francisco I. Madero. Constancia de ello dejó la cámara de Manuel Ramos, que andaba recogiendo testimonios visuales en esos días aciagos.

Por su parte, un pequeño artillero fue fotografiado por Ezequiel Carrasco durante la Decena Trágica, en medio de los soldados y la batería federal. Él detiene con gran orgullo su fusil, casi de su tamaño, para dispararlo a los enemigos del régimen maderista. También está aquel otro, orgullosamente desempeñaba su papel de niño artillero y limpiabotas; el cual seguramente lustraba el calzado del ejército maderista después de la refriega ante sus enemigos alzados, los felicitistas que apoyaron el derrocamiento y muerte del Presidente Francisco I. Madero, el 22 de febrero de 1913.



Por otro lado, también están los que escaparon de las balas, como el jovencito periodiquero del diario maderista *Nueva Era*. Su olfato de supervivencia le ayudó a salir a todo galope, evitando un conato en el Zócalo capitalino. Gracias a la habilidad del reportero gráfico, este joven pasó a la historia exaltando los últimos momentos del régimen, dejando claro que un fotógrafo podía mostrar el movimiento pleno a pesar de las limitaciones técnicas de 1/60 de segundo de su cámara placas; además de subrayar la indiferencia y letargo de dos catrines que ni se inmutaron frente a la gran actividad que les rodeaba.

Autor no identificado
*Mujeres y niños durante
armisticio de la Decena
Trágica, ca. 1913.*
Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 37286.

Los niños papeleros, los jóvenes huérfanos, los habitantes de los jardines y plazas, los de las vecindades en ruinas, los que realizaban el trabajo infantil en los diversos oficios de herreros, zapateros, por ahí aparecen con sus rostros a veces sonrientes a veces incrédulos u ofendidos por la presencia de la cámara. Se nota alguna imagen posada, como aquella de los jovencitos en un taller en donde aprendían diversos oficios. Rostros morenos con jotes o manchas blancas de desnutrición que el régimen no le interesó resolver; en el mercado, en las boticas, entre rebozos y trenzas, entre gorras y uniformes a medias, en trajes de manta que dejan ver sus huellas de polvo y uso continuo. Pies descalzos o algunos huaraches se observan entre los pies adoloridos y costrosos de tanto andar. Como los de aquel pequeño que carga sus pesados baldes de agua y posa para la cámara. Por su parte también es común que aparezcan entre los muertos, como en el simbólico lugar dónde



Ezequiel Carrasco,
Niño artillero, en *Revista
de Revistas*, 23 íde
febrero de 1913
Hemeroteca Nacional de
México, UNAM.

fue asesinado el presidente Madero y Pino Suárez, se les ve también en el panteón, rindiendo ofrendas.

Mucho se ha cuestionado la autenticidad gráfica del jovencito que posó —hasta dónde sabemos—, para la cámara de Agustín Víctor Casasola. Que si lo vistió para la foto, que si no era un niño artillero, que si posó para el fotógrafo, pero la imagen lejos de su veracidad es absolutamente verosímil. El acto posado de un pequeño, su rostro erguido, su planteamiento corporal, su orgullo patriota, las armas —suyas o ajenas— dan paso a comprender la importancia que tenía la investidura, suya o añadida. Es su actitud corporal, acompañada de una solución técnica y formal de primera, al dejar a los soldados circundantes meramente como referentes por la profundidad de campo casi nula, lo que le permitió al fotógrafo obtener un documento estético e históricamente invaluable. Un retrato de suyo magistral, pues



aunque la pose y la vestimenta fuesen dirigidas, la actitud no fue inventada. Es por ello, que cierta o falsa la imagen, se ha convertido en un elemento icónico con sus 100 años de gestación.

Autor no identificado
*Niño con los pertrechos
de soldado federal*, 1913.
Fondo Casasola
Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 6340.

Usurpadores al poder

El régimen de Huerta supo la importancia de los niños en su imagen de gobernante. Algunos se les ve de la mano del dictador, por lo general con gestos esquivos o intimidados por su presencia. También los convocó bajo el título de "Todo México es soldado",⁹ para formar el batallón infantil con sus sombreros, overoles, camisas de rayas, todos zurcidos y sin botones, recibían su instrucción militar en los llanos de San Salvador. Esos niños, en su mayoría analfabetas dejaron su huella y su gramática escrita en las páginas de la fotografía de prensa. Algunos en la jura de bandera, otros en festivales escolares, todos ellos con el mismo sabor antiguo y decimonónico que no dejaba aflorar nuevas formas y conductas de vida cotidiana bajo el huertismo. Las fotos parecían negar los cambios radicales que se habían generado, pues no proponían nada nuevo en la prensa ilustrada, incluso se veían como un retroceso en lo que la imagen había ganado. Era el reflejo de un régimen condenado desde su gestación y en su ineficiencia encontró su tumba.



Autor no identificado
Gente observa el cadáver de un hombre, 1913.
Fondo Casasola
Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 37302.

PÁGINA SIGUIENTE
Autor no identificado
Niños y adolescentes en el lugar donde asesinaron a Francisco I. Madero, 1913.
Fondo Casasola
Col. SINAFO-FN-INAH,
núm. de inv. 37902.

Lo que es evidente es que los problemas que aquejaron a los niños y jóvenes adolescentes antes de la Revolución Mexicana, no necesariamente se resolvieron en el camino. Se invirtieron muchos años y esfuerzos colegiados para mejorar algunas partes del entorno y sus condiciones de vida, alfabetización, salud, soluciones que los regímenes posrevolucionarios impulsaron para sacar adelante al “futuro de la Patria”, dentro del concepto obregonista. Como el Primer Congreso del Niño Mexicano, realizado en 1921, que buscaba remontar esas anomalías y descuidos del régimen porfirista. Su interés apuntaba a las necesidades que correspondían al Estado frente los niños pasando por los planteamientos de la eugenesia, la enseñanza, la higiene, los niños “anormales”, y la necesidad de legislar para los menores. En esos casos se trataba de establecer el juicio de discernimiento en el joven-niño y mejorar sus condiciones de vida legal.¹⁰

La fotografía continuó relatando y mostrando las difíciles condiciones, socioculturales y económicas, de la población en la posrevolución. Y aunque se fotografiaban las razzias de los niños huérfanos, los indigentes en sus condiciones de vida, también se les veía como sobrevivientes de una guerra. Esos niños por lo menos empezaron a ocupar las primeras planas, las fotoportadas, los interiores y a todas luces los fotógrafos se ocuparon de ellos para dar cuenta de lo que al régimen y al Estado social todavía le faltaba por resarcir y trabajar.

Una imagen reveladora: los niños Casasola que posaban a tiros cruzados entre uno que modelaba y otro que disparaba su cámara, para mostrar en esos años veinte un futuro prometedor: el fotoperiodismo como arma, consuelo y tal vez, otra solución.



* Investigadora de la Dirección de Estudios Históricos, INAH.

1 Ágnes Heller, *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 1998, p. 9.

2 Alberto del Castillo y Troncoso, *Conceptos, imágenes y representaciones de la niñez en la Ciudad de México 1880-1920*, México, El Colegio de México-Instituto Mora, 2006, p. 290.

3 Porfirio Díaz, "Informe de Gobierno", en *Boletín de Instrucción Pública*. Publicación decena, mensual y bimestral. Órgano de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, México, 1903, pp. 499 a 516.

4 Alberto Del Castillo y Troncoso, "La invención de un concepto moderno de niñez en México en el cambio del siglo XIX al XX", en Delia Salazar y María Eugenia Sánchez Calleja (coords.) *Los niños: su imagen en la historia*, México, INAH, 2006, p. 111.

5 De los trabajos más destacados en este ámbito ha sido el de Flora Lara Klahr, investigadora pionera de la fotografía en México, que trabajó el acervo de los Casasola en los años ochenta, véase *Los niños, exposición fotográfica*, México, Fototeca Nacional, INAH, 1984. De la misma autora *Jefes, héroes y caudillos*, México, FCE, (Río de Luz), 1990.

6 Martha Rocha, "Soldaderas y soldados", en *Proceso Bicentenario, La mujer en la Revolución*, México, núm. 3, junio 2009, pp. 12-23.

7 Esto sin contar a los infantes por razones de movilidad social. Véase *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, Secretaría de Agricultura y Fomento. Dirección de Estadística. Verificado el 27 de octubre de 1910*, México, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda. Depto. de Fomento, 1918, pp. 95-99.

8 Datos que no podemos cuantificar de las bajas humanas e infantiles, en esos diez años de lucha armada, y diferenciar de las pestes y pandemias como la influenza española de 1918.

9 En *La Semana Ilustrada*, México, 2 de septiembre de 1913, s/p.

10 María Eugenia Sánchez Calleja estudia cómo el gobierno mexicano en 1921 procuró diferenciar una edad legal para enfrentar los cargos legales a los 18 años, y otra, la edad civil, para ser mayor de edad a los 21, en "Niños desvalidos, abandonados o delincuentes, sus derechos: una historia en construcción 1920-1940", en *Los niños ..., op. cit.*, pp. 117-133.